

Un ligero tintineo

Todo el mundo sabe que es una huella, es una señal que dejamos al apoyarnos en la tierra.

Un día, caminando por la playa, vi un sendero, un sendero de huellas. Esa senda era misteriosa. Cada vez se hacía más y más larga y al mirar atrás, desaparecían. Lo extraño era que no había nadie cerca.

Fui avanzando lentamente tras el rastro y cuando creía que por delante no había ninguna huella, surgían dos de repente, acompañadas de un ligero tintineo. ¡Me entró un escalofrío que me dejó temblando!

Descubrí una foto de un hombre, un hombre mayor, con aspecto agradable, sentado en un banco que sostenía entre sus manos un diminuto objeto, que miraba asombrado. Sin saber porqué, guardé la fotografía en mi mochila y seguí caminando.

Llegué al final de la playa y divisé un pueblecito muy pequeño llamado Saucers town, en el que había unas pocas casas y una iglesia con un gran campanario. La iglesia era preciosa y decidí acercarme para poder entrar, pero me di cuenta de que estaba cerrada y le pregunté a una señora que tomaba el fresco en la puerta de su casa, por los horarios de la iglesia. Ella me respondió, que hacía cinco meses que nadie abría la iglesia, justo el tiempo que el párroco llevaba desaparecido. Nerviosa, me fue contando la historia del viejo sacerdote e incluso en un momento me pareció que bajaba la voz para que nadie nos oyera. Me relató que el cura era un tipo de semblante amable, ni alto ni bajo, de buenos modales, pero un tanto misterioso. También me dijo que se presentaron dos forasteros a pasar unos días en el pueblo, y se oían extraños ruidos dentro de la

iglesia. Pensé en lo que me había sucedido en la playa, las huellas, la foto del misterioso señor... Y decidí enseñársela. Me señaló la foto con su arrugado dedo y exclamó. ¡Es él! ¡El párroco! Le pregunté por el objeto diminuto que no lograba identificar y confesó que era una reliquia que el cura había encontrado, en el hueco de un retablo de la iglesia. Él, decidido, se fue a enseñárselo a un experto en la materia. Este le confirmó lo que ya sospechaba, se hallaba ante la reliquia de San Bruno, que cuenta la leyenda que pasó sus últimos días en el pueblo donde nació. De regreso, les contó a dos muchachos, compañeros de viaje, lo sucedido.

Como no creo en las casualidades, llamé a la policía, convencida de que los dos muchachos tenían algo que ver en todo este tema. Al poco, vinieron a la puerta de su casa, un tanto derruida. Les conté lo que había pasado, y partimos rumbo a la playa. Cuando llegamos, me sorprendí, porque algunas huellas, permanecían intactas.

Nos llevaron a una casa abandonada. Tiramos la puerta abajo, y encontramos un pasadizo que conducía a la iglesia. Decidimos seguir el estrecho pasillo, y por fin nos encontrábamos allí. Ojeamos la parte trasera del oratorio, y vimos a dos chicos golpeando la robusta pared. Cuando nos divisaron, se fueron corriendo, hasta que al final, los pudimos atrapar. Nos condujeron a su casa, y nada más entrar, distinguimos la diminuta reliquia.

Al encontrarla, sonó un suave tintineo y en ese instante lo comprendí todo.